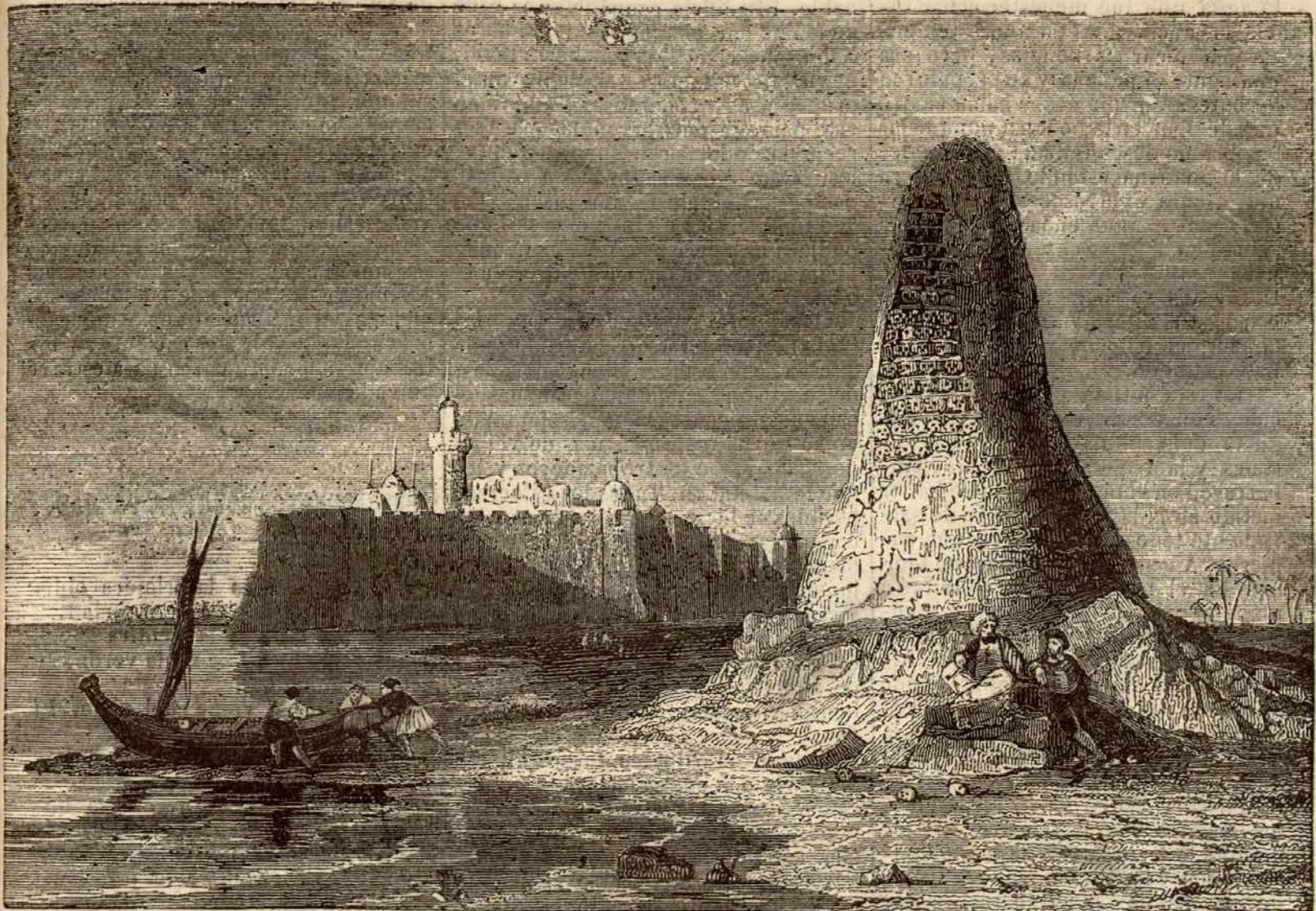


# ALBUM PINTORESCO.



## TORRE DE CABEZAS EN ZERBI

(AFRICA).

La isla de Zerbi, ó isla de los Lotofagos en el Mediterráneo, en la costa del reino de Tunez, está separada del continente por un canal, que en ciertos parages no tiene mas que diez toesas de ancho. En el centro de ella hay un arco de triunfo bastante bien conservado, que fué erigido en honor del emperador Antonino y de su colega Vero. En esta isla existe el triste monumento cuya lámina publicamos, y es una especie de pirámide de unos treinta pies, edificada con las cabezas de los españoles que murieron en el combate que en 1558 trabaron á las órdenes del duque de Medinaceli y de Andrés Doria, con los otomanos mandados por Cara Mustafá. La poblacion, bastante considerable, está dispersa en varias aldeas y cortijos, poco dis-

Junio 12 de 1853.

tantes unos de otros; el gran mercado está junto al puerto, donde tambien hay un antiguo castillo llamado Menacs ó Menaques, nombre que se parece bastante al antiguo Meniux, que era el de la isla. Los zerbinos hablan dos idiomas: el árabe y el chillon; en Tunez y en Tripoli tienen gran fama de avaros, y se tratan como cismáticos, pues son de la secta de Aly; con todo, hoy en dia son muy apacibles y hospitalarios.

## CATASTROFE EN LA MAR.

*Nafragio de la fragata William and Mary.—Gran pérdida de vidas.—Conducta del capitán Stinson*

De la *Crónica de Nueva York*, correspondiente al 18 de mayo tomamos lo siguiente:

El bergantin *Reuben Carver*, procedente de Sagua la Grande (Cuba), que entró en este puerto en la mañana de ayer, trae la noticia de una catástrofe espantosa ocurrida en el banco de Bahama. He aquí los pormenores, segun los refiere con una sangre fria pasmosa el capitán del barco naufrago.

El 3 de mayo á las siete de la mañana con una fuerte brisa de S. E. y cerrazon, la fragata *William and Mary*, de Bath (Estado de Maine) procedente de Liverpool con direccion á Nueva Orleans con un cargamento de roderas para ferro-carril y 208 pasajeros á bordo, mandada por el capitán Stinson, dobló, sin inconveniente la punta meridional de la isla de Abacó; á las doce bajó á diez millas por el S. el cayo Stirrup, despues de lo cual creció el cerrazon, arreció el viento y el mar se embraveció. Al ponerse el sol se perdieron de vista los cayos, y como á las doce se tomó el punto, supuso el capitán Stinson

que demoraban al Norte. A las ocho de la noche tomó la dirección O. S. O. y mandó echar la sonda. A las ocho y cuarto todo seguía bien; á las ocho y media tocó el barco por el medio en una roca oculta debajo del agua, y la sonda dió diez brazas de agua todo alrededor. Después de haber dado culadas por espacio de un cuarto de hora la *William and Mary* logró zafarse, pero á muy poca distancia chocó la proa contra un escollo; púsose de nuevo á flote el barco, pero hacia tanta agua que fué menester echar todas las anclas; los pasajeros empezaron á picar las bombas, pero era inminente el peligro y se prepararon los botes. A media noche había cuatro pies de agua en la bodega, aunque las bombas no descansaban: á las cuatro de la mañana estando la atmósfera muy oscura y borrascosa y la mar encrespada, el agua en la bodega había subido ya á 8 pies, y á las siete llegaba á 40. El barco se iba á pique. Dos botes se habían estrellado al echarlos al agua, y solo quedaban la lancha, el bote de salvamento y un bote pequeño.

En esta última parte de la relación es en donde resalta más la conducta del capitán Stinson. «Los oficiales y la tripulación (dice) se embarcaron en el bote después de haber metido en la lancha y el bote de salvamento todos los pasajeros que cupieron. A las ocho me embarqué también en el bote, y el barco se fué á pique al cabo de pocos minutos, quedando el cabo del Grande Isaac á 7 millas de distancia por el E. S. E. Algunas horas después de haber dejado la fragata, ví un barco, que parecía dirigirse á Europa, virar hacia la lancha, y supuse que estaba recogiendo á los que iban en ella.»

Puestos así en salvo el capitán, los oficiales y la tripulación, se fué á pique la fragata *William and Mary*, y con ella fueron sepultados en las olas más de 470 pasajeros, sin que el capitán Stinson tomase ninguna medida para salvarlos. Ya que veía perdido el buque ¿no le imponía la caridad cristiana, sino el honor, el deber de construir una balsa con los recursos que nunca faltan á bordo, proporcionando así un medio probable de salvación á tantos infelices? Y no puede pretestar el capitán Stinson la falta de tiempo, porque sobrado tuvo desde el momento en que vió la inminencia del peligro hasta la hora en que abandonó el barco y los pasajeros que se le habían confiado.

Cosa casi inconcebible: solo un periódico de esta ciudad, el *Courrier des Etats Unis*, ha presentado bajo su verdadero punto de vista la conducta del capitán Stinson. «Ningún esfuerzo hizo, dice, para navegar cuando menos en conserva con los pasajeros que escaparon al naufragio. Salvóse el capitán Stinson, pero compró su salvación á un precio que ningún otro capitán hubiera consentido en pagar, al precio de la honra sacrificada, del deber desconocido, y de la más sencilla humanidad echada en olvido.»

El capitán Stinson, el primero y

segundo contramaestre y seis hombres de tripulación fueron recogidos por el bergantín *Reuben Carver*, procedente de Sagua la Grande, según ya hemos dicho, y desembarcados ayer en este puerto.

MAS CATÁSTROFES. Bajo este epígrafe leemos también en el mismo periódico:

El día 13 por la tarde ocurrió en Buffalo otra catástrofe, no por casualidad, sino por el descuido más culpable. El edificio ocupado en la calle de Maine por el banco de los señores Robinson y compañía y Roberto Codd, necesitaba algunas alteraciones en el primer piso, y como se acostumbra en este país, se derribaron las paredes reemplazándolas con simples puntales. Los pisos altos quedaron ocupados por las personas que los habitaban; indiferentes á los peligros á que pudiera esponerlas el arquitecto en la peligrosa operación de dejarlos en el aire.

Los puntales esta vez no eran bastante fuertes para soportar el peso de la casa, ó no estaban bien colocados, de suerte que en un momento inesperado el edificio vino abajo, sepultando entre sus escombros á más de veinte personas entre los trabajadores y los que lo habitaban. Todos los esfuerzos posibles se hicieron en el acto por las compañías de bomberos, y gran número de personas que acudieron al lugar de la catástrofe, para salvar las víctimas. Se trabajó durante la noche con incansable actividad, no sin buen éxito, pues se logró salvar á la mitad de aquellos desgraciados; los demás fueron víctimas de su irracional confianza, y sobre todo, de la impericia ó negligencia culpable del arquitecto que dirigió la operación. El jurado se reunió, como de costumbre, para examinar el caso y descubrir al culpable; mas aun no se ha publicado su fallo. Parece imposible concebir semejante familiaridad con peligros innecesarios, por no tomarse el trabajo de abandonar las ocupaciones ordinarias por un momento para volver á emprenderlas cuando haya seguridad. Sin embargo, esto se ve á cada instante, y solo debe admirar que el suceso de Buffalo no se repita en Nueva-York todos los días en mil operaciones semejantes que se presencian á cada rato en las calles principales. Ayer, sin ir más lejos, tuvo lugar en la de Wall, grande arteria monetaria de esta ciudad y de todo el país, un suceso parecido al de Buffalo, aunque sus consecuencias no fueron por fortuna tan desastrosas. Se iba á derribar la casa número 7 para reedificarla, y se principió naturalmente por echar abajo el techo y luego el último piso. Todos los materiales se iban aglomerando sobre el segundo, cargándolo por consiguiente con un peso enorme. El peligro de que pudiera ceder y precipitarse era evidente, y no podía, por tanto, obligarse á los infelices jornaleros á trabajar bajo de él, sin que el autor de acción tan cruel cargase con la responsabilidad de las consecuencias. Mas como estas hasta

ahora no han sido muy graves para los que se complacen en jugar de este modo con la vida humana, aquel no hubo de temerlas, y siguió haciendo ejecutar la bárbara operación sin inquietarse. De repente se desprendió una parte de aquel piso, sepultando bajo el montón de los escombros á dos infelices alemanes, uno de los cuales escapó con un brazo roto, y el otro quedó sepultado vivo, permaneciendo en la más horrible situación por cerca de dos horas. La posición de este era tal, que sin haber recibido ningún golpe mortal, estaba fuertemente oprimido por el peso de los materiales, y no era posible sacarlo sin que aquellos fuesen movidos. Se emprendió con ardor la operación, y entretanto un médico se encargó de aplicar al emparedado todos los reactivos necesarios para prolongar su vida, contando entretanto sus pulsaciones, y animando á los trabajadores con la esperanza de salvarlo; mas al cabo de dos horas de laudables esfuerzos, el médico anunció que había cesado la vida del paciente, y los trabajos solo continuaron para extraer un cadáver.

## PENSAMIENTOS SOBRE LA VERDAD.

—La verdad es la primera obligación del hombre en la sociedad.

—La adulación y la mentira ganan ordinariamente amigos, la verdad se granjea enemigos.

—La verdad viene del cielo. El error de la tierra.

—Con mentir se gana el no ser creído cuando se dice la verdad.

—Cuándo la mentira reporta beneficios á un tercero, aprecia la mentira pero desprecia al mentiroso.

—No se da crédito á los juramentos, sino á la probidad.

—No os fieis de los que hacen alarde de una ingenuidad sin límites; porque el que presume de decir todo lo que piensa, no piensa siempre todo lo que dice.

—Con la mentira jamás se puede distinguir la amistad y la enemistad.

—El mundo está envenenado por el deseo de la ostentación, la ostentación es hija de la mentira.

—La mentira en boca del hombre en general es el gusano que corroe su reputación; pero en boca de aquellas personas que por su estado, dignidad, ó santidad de carácter deben ser fieles imágenes de la expresión verídica, es un aspid venenoso.

«Un religioso burlándose de la inocencia de Santo Tomás de Aquino, le dijo que se asomase corriendo á la ventana y vería volar á un buey: como Santo Tomás se asomase y vió que era falso, el religioso en tono de mofa le dijo. ¿Es posible que hayais podido creer que un buey fuera capaz de volar? A lo cual el santo le respondió: creía más bien que un buey pudiese volar, que pensar que un religioso pudiese mentir.»

## EL BAÑISTA DE DIEPE

POR

ROGER DE BEAUVOIR.

(Continuacion.)

—No hay duda, exclamó Rodolfo, es una carta de Langlois. Ella no le ama, no puede amarle, replicó al punto, tanto por convicción de fatuidad como por la seguridad que tenía de la virtud de lady Southwel; pero esta es la prueba que yo esperaba.... Sin embargo, si ese bañero dijera verdad, si hubiese descubierto al asesino del comodoro..... ¿Y qué me importa á mí? murmuró Rodolfo después de una pausa. ¿Tengo acaso tiempo de esperar un proceso criminal? ¿Me entregaría esto tampoco el documento de la donación? A pesar de las afirmaciones de sir Roberto, tengo derecho para dudar de que el comodoro Southwel hubiese hecho realmente esa donación en favor de una muger acusada y juzgada por un tribunal de Londres. ¡Toda esa bulla de generosidad es una solemne mentira! Si, decididamente el casamiento que el doctor me ha propuesto esta mañana....

Apoyada la cabeza en sus dos manos, y bañada la frente en sudor, Rodolfo se hallaba aun entregado á esta lucha interior, cuando se abrió la puerta y entró lady Southwel en traje de baile, pero pálida y apoyada en el brazo de sir Roberto.

Por un acto de vergüenza instintiva, Rodolfo de Nanteuil ocultó en su seno la carta de Langlois, como un bandido sorprendido oculta su arma.

—Solo porque lo exigisteis, Rodolfo, he ido al baile, dijo lady Southwel con marcado acento de tristeza y quitándose las flores de su tocado.

—Ya conocéis el motivo de mi ausencia, respondió friamente Rodolfo; no estamos ya en aquellos tiempos de locos amores, baronesa, y nuestra mirada debe sondear el porvenir.

—¿El porvenir, Rodolfo? ¿Vuestro porvenir no es el mio? Que sea tranquilo ó cargado de tempestades, os pertenezco; sois mi marido y mi dueño.

La heróica dulzura con que madama de Nanteuil pronunció estas palabras, hubiera confundido á cualquiera otro que no hubiera sido Rodolfo. En aquel momento sus ojos buscaron inútilmente en el cuello de su esposa el aderezo que creía ver en él, y que aquella misma mañana le había enviado.

—Creo, dijo veres el collar...

—Ese collar, respondió tímidamente Mad. de Nanteuil, como si la generosa muger hubiese cometido una falta, ese collar era demasiado caro y lo he devuelto al joyero... no os enfadéis por eso, pues no quiero aumentar el número de vuestros compromisos... ¿No opináis lo mismo, sir Roberto?

Sir Roberto no contestó. De pie, cerca de la chimenea, examinaba con meticolosa atención un legajo de pa-

peles que acababa de entregarle el portero. Al ver á Rodolfo que se dirigía hácia él, enrolló repentinamente aquel legajo aparentando la mayor serenidad.

—Confesad, sir Roberto, replicó el baron después de una pausa, que esos papeles me pertenecen. Algunos acreedores que me persiguen, diez ó veinte mercaderes de Brighthon, ligados contra mí sin duda... Dadme esos papeles y dejadme que solo me ocupe de esas miserias.

—Puesto que lo exigis absolutamente, baron, tomad y leed. Ignoro el nombre del que aspira de este modo á mostrarse de repente autor de vuestra ruina... pero no podeis ya dudar de que teneis un enemigo...

Rodolfo de Nanteuil recorrió ávidamente los papeles que le entregó sir Roberto, y su admiración llegó al colmo al ver que un hombre desconocido era su único enemigo, puesto que habia comprado bajo de cuerda todos sus créditos. Requeríanle, pues, al pago de sus deudas bajo apercibimiento de prisión. El plazo era breve, pues no le quedaba al baron mas que aquella noche.

¿El nombre de aquel enemigo misterioso era verdadero ó solamente supuesto? Rodolfo no se tomó tiempo de profundizar aquel enigma: su resolución estaba tomada, y dirigiéndose á Mad. de Nanteuil le dijo:

—Creo que, á pesar del cansancio del baile, podreis concederme un momento, pues tengo necesidad de hablaros; sir Roberto, os doy gracias por haberme comunicado ese auto; ¿pero por qué os volveis á llevar esos papeles? ¿Qué pretendéis hacer con ellos?

—Esto me concierne á mí solo, respondió tranquilamente sir Roberto; vuelvo al punto. Acaso haya todavía medio de salvaros.

En seguida salió dirigiendo una mirada afectuosa á la baronesa, porque en el alma generosa de aquel hombre no podia entrar la sospecha de una infamia; creía á Rodolfo desgraciado en el momento en que el baron estaba acasomas embarazado que nunca de mostrarse injusto y culpado.

El primer movimiento de Mad. de Nanteuil no hizo otra cosa mas que proporcionarle la ocasión que tanto deseaba.

—Tomad esos cajoncitos, esas alhajas, dijo ella á Rodolfo apenas salió sir Roberto; acaso puedan parar los primeros golpes que os amenazan. Todo lo que poseo es vuestro, Rodolfo. ¡Oh! ¡Jamás he sentido tanto no ser mas rica!

Rodolfo se contentó con rechazar las alhajas que Mad. de Nanteuil sacaba rápidamente de cada cajita de su tocador, y fijando en ella una mirada implacable de ironía, dijo:

—Me gusta ver cómo representa una inglesa un papel de comedia; pero tranquilizaos, baronesa: no abusaré de vuestros ofrecimientos. Todas estas joyas están lejos de valer lo que el brazalete que habeis dado á vuestro amante.

—¿Qué amante? ¿Qué brazalete?

¿Qué quereis decir? dijo Mad. de Nanteuil visiblemente alarmada.

—¿Conoceis esta carta? Es de un hombre que está acostumbrado á hacerse pagar sus servicios, y que no hace nada gratuitamente.

—¡Ah, señor! exclamó Mad. de Nanteuil con un acento lleno de dignidad.

—Ese hombre es vuestro amante, prosiguió el baron. ¿Negareis vuestros paseos marítimos con él en los momentos en que estoy jugando en el club? ¿Negareis que le habeis regalado un brazalete? A un amigo seguro, al doctor Bernard, debo la revelación de vuestra intriga. Esa pasión, señora, ha hecho ya demasiado ruido en la ciudad para que pueda sufrir sus consecuencias. Ya he doblado una vez la frente bajo el peso de la infamia: dos veces seria demasiado. Me habeis engañado primeramente acerca de vuestra fortuna, y ahora no puedo ya defender vuestro honor de nuevas inculpaciones... ¿Qué soy aquí, señora, sino la burla é irrisión de todos los ociosos? Ya es tiempo de que cese semejante estado de cosas. El ejemplo de vuestro primer marido, el comodoro Southwel, me enseña mi deber. Un solo partido me queda, uno solo, que os dejará libre así como á mí... ¡el divorcio!

—¡El divorcio! murmuró lady Southwel mas pálida que un mármol.

—No me hagais objeciones de ningún género; no me mueven vuestras lágrimas: lo he previsto todo. ¡Debia haber visto antes lo que estoy viendo ahora! Dentro de una hora lo mas tarde estareis ya libre de mi presencia. Adios, señora; desde este dia no hay ya nada de comun entre Rodolfo y madama de Nanteuil.

Rodolfo habia puesto la mano sobre la llave de su gabinete. Un grito agudo de lady Southwel le contuvo. Fuera de sí, desolada, yerta como la muerte, acababa de arrastrarse de rodillas hasta aquella puerta. Por un movimiento de compasión que no pudo resistir Rodolfo, la levantó y sentó en un sofá. Las fuerzas de la baronesa estaban agotadas, sus ojos estaban cerrados; pero en la espuma ligera que cubria sus labios, así como en los latidos precipitados de su seno, pudo ver Rodolfo con qué acero agudo acababa de atravesar aquel corazón, y de qué muerte iba acaso á ser responsable. Quiso huir, pero un poder desconocido le clavaba en el suelo de aquella estancia. Hay momentos de silencio que indudablemente hacen mas daño que las mas amargas convenciones.

En este instante de crisis dieron las tres de la madrugada en el péndulo del salon; Rodolfo oyó el relincho de los caballos hácia la parte del muelle. Un segundo después resonaron dos golpes ligeros en la puerta del gabinete, cuya llave apretó el baron convulsivamente en su mano.

Mme. de Nanteuil abrió los ojos, y un rayo de esperanza iluminó su pálida figura.

—¡Si será él! murmuró con voz débil. ¿Vendría á estas horas?

—¿Estais listo, baron? dijo una voz detrás de la puerta del gabinete de Rodolfo.

Mme. de Nanteuil se estremeció, porque aquella voz no era la de Langlois.

Rodolfo se apresuró á apagar las hugas del aposento, temiendo, sin duda, leer su vergüenza en el rostro pálido de su víctima. Empujó violentamente la puerta del gabinete, y dirigiéndose con voz alterada al doctor Bernard, dijo:

—Todo se ha acabado; os sigo.

El doctor le condujo á una silla de posta cuyas persianas estaban echadas, y despues de apretarse ambos por última vez la mano, partió el carruaje al galope por el camino de Brighton que conduce á Lóndres.

Cuando Mme. de Nanteuil volvió en sí, y encendió con mano trémula una de las bugías, vió delante de sí á un hombre y lanzó un grito terrible.

## VI.

La baronesa de Nanteuil acababa de reconocer en este personaje al antiguo médico de los baños de Diepe.

El doctor se habia quitado sus anteojos azules, dejando ver á la baronesa un semblante cruelmente impasible, de suerte que cualquiera hubiera dicho que no era aquel el médico Bernard, pues al quitarse sus gafas, cuyo tafetan cubria, como ya hemos dicho, parte de su rostro, el doctor acababa de quitarse una máscara.

Apenas recobrada Mme. de Nanteuil de las emociones horribles de la escena anterior, se puso á examinar atentamente al doctor, y despues de haberle conocido, y ocultandola frente entre las manos, exclamó:

—Fantasma ó realidad, muy atrevido debeis ser para introducir os á estas horas en el aposento de una muger. Vuestro nombre, responded; creo tener derecho á preguntaros vuestro nombre.

Y Mme. de Nanteuil, al interrogar á aquella vision, parecia formarse con auxilio de sus recuerdos una imagen que ella misma temia. Bernard sufría este exámen con calma, fiando sin duda en su poder y en el ascendiente de su mirada.

—¡Miserable! exclamó al fin Mada de Nanteuil, como si hubiese sido arrancada de la contemplacion de aquella figura por un esfuerzo sobrehumano.

El doctor no contestó; una sonrisa burlona brilló solamente en sus labios al comprender que acababa de ser reconocido.

—¡Dionisio, murmuró lady Southwel, Dionisio, sí, sí, es Dionisio.

Y sentía entonces una alegría casi estúpida en lanzar este nombre á la frente del hombre que la escuchaba.

—Sí, Dionisio, Dionisio, respondió el doctor. Me alegro, baronesa, de que tengais tan buena memoria.

—¿Qué quereis de mí? Hablad:

¿no me habeis hecho todavia bastante daño? ¿Quereis tambien matarme?

—Vengo á salvaros, señora, á proponeros el único partido que podeis elegir. Soy confidente del baron; sus proyectos, su fuga..... todo lo sé. Os repito que solo de mí podeis esperar vuestra salvacion.

—¡Mi salvacion! replicó lady Southwel. ¿Puedo acaso olvidar que solo os debo la infamia y la afrenta? Una sola vez os he visto, pero todas vuestras facciones han quedado grabadas en mi memoria como las del ángel del mal. ¡Ah! ¡huid, huid! Hay aqui un hombre honrado que vela por mí, y del cual solo me separa esa puerta. Al solo sonido de esta campanilla acudiré para echaros como á un lacayo insolente! Este hombre es sir Roberto, mi pariente y mi ayoyo.

—No le temo, contestó friamente el doctor Dionisio Bernard; no vendrá, ni puede venir. No hace mas que un instante que se ha constituido preso por el baron. Estais sola, señora, sola, enteramente sola..... como en aquella noche.....

—¡Oh! no la recordeis, infame, no recordeis aquella noche cuyo luto y vergüenza sufro todavia, pero que sin embargo, me vió pura; invoco vuestra memoria; por perverso que seais, hablad, hablad, señor. ¿quién de nosotros dos fué el criminal?

—Yo solo, lady Southwel, yo solo, que habia resuelto vengarme de una afrenta cruel. No es culpa vuestra que el comodoro me hubiese insultado con un nombre ultrajante delante de todos la vispera misma de vuestro casamiento.

—¿Y qué os hizo el comodoro?

—Una friolera... ya sabeis que era brusco. Pues bien, en Lóndres, en el baile del almirantazgo sir Southwel se atrevió á tirarme las cartas en la cara, llamándome caballero de industria. Como era natural, juré vengarme de semejante insulto, y aprovechándome de la ausencia del comodoro, me introduje una noche en su casa, pues no habiendo temido sir Southwel ofenderme en mi honor, tampoco yo vacilé en vengarme en lo que le era mas caro.

—Esa es la venganza de un cobarde... interrumpió Mme. de Nanteuil sin apartar la vista de aquel hombre y escuchándole con el temor que da la fiebre...

El doctor añadió:

—Las injurias me hacen poca mella. Provocar al comodoro me hubiera sido tanto mas fácil, cuanto que sé tirar medianamente la pistola; pero la casualidad podia frustrar mis proyectos, y por otra parte, sir Southwel se habia puesto á salvo con su repentina partida. Era el mes de mayo, la estacion de Lóndres, como sabeis muy bien. Heredero de un pequeño patrimonio, dejé á París despues de la muerte de mi padre; apenas llegué á Lóndres, no tardé en experimentar todos los tormentos del infierno. Fui á vivir en una casa de Fenchad-Street, situada á corta distancia de vuestro palacio, por cuyo motivo pude ser testigo de vuestro himeneo. Arruina-

do pronto por el juego, solo me faltaba el insulto del comodoro para arrancarme la máscara y perderme á los ojos de todos; vos fuisteis la venganza, la víctima que escogí; pero cuando la misma casualidad parecia favorecerme, cuando logré penetrar con el auxilio de un criado ganado de antemano en vuestra casa y puse el pie en vuestra misma estancia, entonces, lo confieso, al veros tan noble y tan altiva, fui vencido y os salvó vuestra hermosura.

—Decid mas bien mi desprecio, señor. ¿No os acordais ya de mis gritos, de mis amenazas en aquella noche terrible? «Tranquilizaos, lady Southwel me dijisteis entonces con sonrisa infernal, tranquilizaos; lo único que deseo es que vuestros criados me vean bajar por ese balcon al amanecer.» En vano los llamé y grité: les habiais dado la consigna. Soy Dionisio, les dijisteis al alejaros; no dejéis de comunicar mi visita al comodoro Southwel.» Cuando me refirieron estas palabras no pude oirlas, porque estaba desmayada...

(Se continuará).

## CASO EXTRAORDINARIO DE HIDROFOBIA.

Wm Gray, de diez años de edad, murió el lunes por la noche á bordo de la balandra *Armanda*, habiendo manifestado antes de su muerte síntomas de hidrofobia. Al hacer el coroner el exámen del cadáver, el capitán de la balandra declaró ante el jurado, que hacia como un mes que el muchacho estaba empleado en su buque; que el viernes anterior se quejó de desvanecimiento en la cabeza, y dolor en la espalda y en el cuerpo; el sábado le atacó una fiebre ardiente, notándose que no queria beber agua, ni siquiera verla; el domingo se llamó un facultativo, el cual le aplicó algunos remedios sin efecto. Al poco tiempo comenzó á arrojar espuma por la boca, todo le asustaba, y cuando se le presentaba, ó siquiera se nombraba el agua en su presencia, manifestaba mucha irritacion. Durante la enfermedad, el capitán trató de averiguar el origen del mal, y el paciente le dijo que unos cuatro años antes le habia mordido un perro que entonces no le pareció rabioso, pero que despues lo vendió y no supo mas de él. Infiérese que el perro se volveria rabioso despues, y que la mordedura fué el origen de la enfermedad, pues reconocido el cadáver el facultativo encontró los síntomas de la hidrofobia bien caracterizados, y asi se declaró.

MADRID, 1853.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE MELLADO,  
calle de Santa Teresa, núm. 8.